

HUBO RUIDO, PERO ¿Y LAS NUECES?

El Enemigo. Al concluir su XVII asamblea, al PRI se le puede aplicar aquella frase aparecida en una caricatura de Pogo (Walt Kelly) hace 16 años: "hemos encontrado al enemigo, y el enemigo somos nosotros". En esa reunión de 4,423 delegados del partido de Estado, resultó evidente que mientras la realidad demandaba de la clase política que lo comanda una clara voluntad de cambio para adecuarlo a los tiempos que corren, los intereses creados a lo largo de 67 años le impidieron hacerlo. En su incapacidad de transformarse y desempeñar un papel de acuerdo con los tiempos que corren, el PRI sigue impidiendo que el país acceda a una etapa superior de su desarrollo político.

Al partido creado por Plutarco Elías Calles, el cambio democrático le resulta algo superior a sus fuerzas, y eso quedó claro al concluir su última asamblea, donde hubo mucho ruido, pocas nueces y algunas de ellas vanas. En esa gran reunión partidista, y fieles a si mismos, los priístas de arriba manipularon a la asamblea y el resultado fue una nueva simulación. Ejemplo de la manipulación, y muy revelador, fue la forma como se abordó, y supuestamente se resolvió, el tema de la industria petroquímica.

Un Indicador. Reunido con los gobernadores priístas, el presidente del CEN del PRI, Santiago Oñate, reveló que en la asamblea que iba a celebrarse habría un pronunciamiento en

relación al controvertido tema de la venta de las plantas petroquímicas del gobierno, pero la forma de abordar el asunto, dijo Oñate, ya estaba negociado con el propio gabinete económico. Sea como fuere, en la asamblea, Pablo Pavón, de la sección 10 del sindicato petrolero, pidió a sus correligionarios que se pronunciaran en contra de "la pretendida privatización de la industria petroquímica mal calificada como secundaria". El presidente de la mesa, Fernando Ortiz Arana, reaccionó de inmediato y sugirió que la propuesta fuera remitida al Comité Ejecutivo Nacional. Sin embargo, el prepotente demandó que el tema no fuera remitido a ningún lado sino votado ahí mismo; se votó, y en medio de gritos de "México" y "duro", se aprobó la propuesta: la petroquímica no debería privatizarse. Otra asambleísta, Marlen Herrera, de Tabasco, insistió que los priístas deberían comprometerse a: "mantener en manos de la nación, la propiedad y operación exclusiva de las plantas petroquímicas". La idea encontró respaldo y supuestamente la mesa tomó debida y fiel nota de ello y la prensa informó al día siguiente que el PRI había rechazado a la venta de las plantas petroquímicas (*Reforma*, 21, 22 y 23 de septiembre). Hasta ahí todo parecía claro y relativamente congruente con el recién redescubierto "nacionalismo revolucionario", pero al darse a conocer el documento elaborado por la mesa, resultó que el tema de la petroquímica brillaba por su ausencia. El líder petrolero Romero Deschams, insistió entonces que la asamblea debería

pronunciarse porque la petroquímica se quedará dentro de PEMEX, pero Ortia Arana volvió a negarse, y por sí y ante sí remitió el asunto para la posterior consideración del CEN. Al concluir los priístas su reunión, la dirigencia pidió a los participantes que se dispensara la lectura de los documentos finales y lo consiguió, de esa manera se evitó hacer patente que entre lo demandado por los assembleístas y lo asentado en los documentos finales, había diferencias de fondo, pues en estos últimos sólo se asentó la generalidad de siempre: "El PRI ratifica su compromiso histórico de defender el petróleo y todos los hidrocarburos sólidos, líquidos y gaseosos como propiedad de la nación". Fue así como, apenas concluida la XVII asamblea del PRI y recién apagados los gritos de "duro", "México" y "nacionalismo revolucionario", un subsecretario ya no pudo declarar que el propósito del gobierno seguía siendo la venta de la petroquímica y los representantes del Consejo Coordinador Empresarial y de la Canacintra volvieron a insistir en la privatización de esa industria (*Reforma y La Jornada*, 24 de septiembre). Aquí cabe la pregunta ¿sí los priístas se las gastan así entre ellos, que puede esperar el resto de la sociedad?

Entre los Principios y la Realidad. Si una cosa es lo que la asamblea vota y otra lo que aparece en los documentos finales del PRI, también hay diferencias entre los grandes principios que aparecen en los documentos de ese partido y su aplicación.

Como se sabe, el PRI decidió usar su XVII asamblea para dar sepultura simbólica al famoso "liberalismo social" -la bandera del salinismo- y volver al viejo "nacionalismo revolucionario" para colocarlo de nuevo como eje de la doctrina de una organización que se ha caracterizado por ser muy flexible en la interpretación de esa doctrina, cualquiera que sea. Sin embargo, es claro que el entorno que dio sentido a ese nacionalismo oficial de la época del Tratado de Libre Comercio es tan artificial que no resistió la simple prueba de la petroquímica, por ejemplo. Ahora bien, en los discursos y documentos de la asamblea, también se hicieron referencias a otros términos del discurso priísta, a la famosa trilogía formada por democracia, soberanía y justicia social.

La dificultad de poner democracia, soberanía y justicia social como núcleo de la oferta priísta actual, es la imposibilidad de hacerlo creíble. En efecto, a diferencia de la oposición, al partido de Estado mexicano se le debe juzgar sólo por sus obras, pues hace mucho que agotó el tiempo de las promesas, pero esas obras difícilmente apoyan al ideario.

El tema de la democracia surgió en el momento mismo en que el general Plutarco Elías Calles lanzó la idea de crear al gran partido de la Revolución, pero hoy choca de frente con los 67 años ininterrumpidos que ha permanecido el PRI en el poder. Choca también con la realidad de los grandes fraudes cometidos en las elecciones presidenciales competidas desde 1929, 1940, 1952 y 1988. Choca igualmente con lo sucedido en decenas,

centenas, de elecciones estatales y municipales, donde la maquinaria PRI-gobierno se impuso y se sigue imponiendo sobre los electores. Choca, finalmente, con un partido de Estado que controla los medios de comunicación masivos y emplea una cantidad obscena de recursos en sus campañas -la de 1994 por ejemplo-, que sencillamente hace imposible una competencia imparcial y honesta.

En relación a la soberanía, es imposible hacer compatible el compromiso priísta en este campo con la manera como en 1994 el gobierno empeñó el futuro del país con el capital especulativo del exterior para crear un clima artificial de prosperidad que asegurara el triunfo del candidato del PRI. Esa economía de escaparate se vino abajo apenas dejaron el gobierno sus creadores, Carlos Salinas y Pedro Aspe, lo que obligó a la nueva administración a recurrir a la ayuda condicionada de Washington y de los organismos financieros internacionales. Hoy ¿es compatible la soberanía con una deuda externa pública y privada de casi 160 mil millones de dólares?

¿A que justicia social se referirían los priístas, si tras 67 años de gobierno de un partido supuestamente "comprometido con las causas populares", el 40 por ciento de los hogares más pobres apenas reciben el 10.8 por ciento de ingreso, en tanto que el 10 por ciento de los hogares más ricos se queda con más del 41.2 por ciento de los ingresos? ¿Justicia social cuando México combina a 42 millones de pobres con poco más de una docena de mil millonarios en dólares?

El Presidente y su Partido. En la clausura de la asamblea, Ernesto Zedillo y su partido parecieron reconciliarse. El uno exaltó las virtudes de aquel y éste respondió aplaudiéndole a rabiar. Sin embargo, no hay duda que la verdadera relación entre ambos es algo más complicada de los que sugieren las apariencias. Para empezar, la asamblea priísta se mostró abiertamente hostil a Carlos Salinas siendo que nadie podía olvidar que el presidente Zedillo y su grupo son producto 100 por ciento puro del salinismo. Por otro lado, el presidente aseguró a sus correligionarios que esta vez habían sido libres, pues en la asamblea "la línea fue que no había línea". Sin embargo, tal afirmación chocó con otra declaración anterior: la que hizo en un momento no programado, de enojo, el senador Andrade -precisamente para ser candidato a la presidencia-, que reclamó con vehemencia que primero se le había dado línea para defender una posición pero luego se le había impedido concluir su argumento. Al final de cuentas hubo línea.

Otra contradicción evidente entre el presidente y su partido es que el PRI rechaza el "liberalismo social" de Carlos Salinas -el nombre de Zedillo no ha perdido una sola oportunidad para reiterar que simplemente no existe alternativa a la fórmula económica salinista. Históricamente, cuando el programa del partido ha chocado con el del presidente, invariablemente ha prevalecido la voluntad presidencial. No hay razón para suponer que esta vez será diferente.

Quizá el único hecho con efectos prácticos de la XVII asamblea del PRI -y eso da idea del nivel de la reunión- fue la supuesta rebelión de las masas priístas que impusieron como requisito indispensable para ser candidato a la presidencia o a una gubernatura, diez años de militancia y haber logrado un puesto de representación popular. El mensaje es claro: los priístas no quieren candidatos como Zedillo ni como los otros cuatro expresidentes que le antecedieron, sino como ellos. Tal pareciera que, desde el punto de vista de los militantes, el mal que aqueja a su partido es sólo un mero problema de *curriculum* y personalidad y no de estructura. Mal diagnóstico.

A partir del General Lázaro Cárdenas, es regla no escrita pero observada, que el presidente saliente nombra a su sucesor y que este sale del gabinete. Si Zedillo puede o quiere apegarse a la tradición, sólo tiene un universo de tres o cuatro de donde elegir para el 2000: Emilio Chuayfett, Silvia Hernández, Francisco Labastida y, si se quiere José Antonio González, el procurador del D.F. ¿Es ésta la venganza de un partido que desde 1970 dejó de ser la vía para acceder a la presidencia y al gabinete? Ahora y, aprovechando que el sistema está en crisis y la presidencia debilitada?, ¿la militancia quitó a los corredores de las secretarías de Estado más fuertes y en las aulas de las universidades extranjeras, su carácter de incubadoras de la élite política? ¿Logrará el PRI, al cuarto para las doce, dejar de ser el partido usado por el poder para

convertirse en el partido en el poder? Sólo el tiempo responderá a esas y otras preguntas similares.

Si tiene o no éxito el asalto a la presidencia desde el PRI, ello no necesariamente significa algo positivo para la democracia mexicana, pues la historia a mostrado que como autoritarios, tanto tecnócratas como aparatos del partido se pintan solos. El cambio, si llega, tendrá que venir de afuera del partido de Estado.